

Devocional, domingo 12 de noviembre del 2017

**“¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? Así está escrito: «Por tu causa siempre nos llevan a la muerte; ¡nos tratan como a ovejas para el matadero!»
(Romanos 8. 35, 36)**

Hoy se nos llama a orar por la Iglesia Perseguida, por aquellos hermanos y hermanas que por su fe en Jesucristo son humillados y maltratados, incluso muertos, en países y regiones del mundo gobernados por ideologías políticas y religiosas que rechazan el cristianismo y todo aquello que diga relación con Dios.

Sin embargo, en las palabras del apóstol Pablo, podemos apreciar una relación directa entre el amor de Cristo, poderoso, sustentador y vivificador, que permite enfrentar ésta persecución. Pablo, lleva al extremo éste amor de Cristo al vincularlo con el dolor de la persecución, con la angustia de la tribulación y la injusticia de la violencia.

Pero no es un sufrimiento que se busque, que se desee de manera masoquista, o que se origine por nuestra debilidad o nuestra idiosincrasia, sino que la causa de ello se encuentra porque seguimos a Jesucristo, porque le amamos y nuestro deseo es seguirle, obedecerle y adorarle. En consecuencia, la violencia y rechazo que experimentamos es por Él (**“por tu causa siempre nos llevan a la muerte”**).

Por eso que en Pablo, en ésta realidad tan fuerte y difícil de vivir, se aprecia un gozo y una victoria que sólo da cuenta de nuestra lealtad a Cristo. Es más, es una señal de genuinidad, un verdadero certificado de autenticidad cristiana.

Por eso que Pablo continúa diciendo con absoluta seguridad, **“... Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8. 37)**. Es el amor de Cristo en nosotros que permite vivir esta experiencia, llevándonos a la victoria de ser testigos de Él.

La violencia que se levanta en contra del Reino de Dios, que trae salvación, justicia, paz, libertad, reconciliación y amor, se vuelca en contra de su Iglesia, portadora y anunciadora de éstas virtudes. Y al igual que Cristo, somos muertos.

Por ello es que solo en la realidad del discípulo es posible entender y vivir esta permanente tensión, por cuanto produce en él una experiencia real e íntima con el amor de Cristo que no es posible cambiarlo por nada. Sin duda por ello el apóstol finalmente escribe: **“... estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 8. 38, 39)**.

Iglesia Alianza Cordillera